

POESÍA E HISTORIA EN FRANZ TAMAYO

Blithz Lozada Pereira

La Paz, viernes 24 de agosto de 2018

Dra. Beatriz Rossells Montalvo, directora interina de la Carrera de Historia
Dra. Esther Ayllón Soria, docente titular de la Carrera de Historia
Univ. Pedro Aliaga Mollinedo, egresado de la Carrera de Historia
Univ. Alejandro Mérida Luján, egresado de la Carrera de Historia
Sr. Gracián Bascopé, representante de la familia de don Franz Tamayo

Estimados docentes, estudiantes; señores y señoras:

En la presente exposición analizo cómo Franz Tamayo, desde muy joven puso en evidencia su sensibilidad y calidad poética al componer varios versos en su temprana publicación de 1898, *Odas, verso y prosa*; como también lo hizo casi tres décadas y media después, en 1932, en *Scherzos*. Pero, no se trata de crítica literaria alguna, sino de puntualizaciones filosóficas sobre el impacto de su poesía en la visión recurrente de determinadas ideologías todavía presentes hoy día. Son apreciaciones sobre las ideas y las valoraciones recurrentes acerca del mundo prehispánico, del sinsentido de la conquista y del desprecio por España. Sostengo que se trata de una poesía pueril, cuya plectro deforma las visiones comprensivas de la realidad y que, longitudinalmente, aún hoy se encuentra en la base de las representaciones y el imaginario colectivo de amplios sectores sociales subalternos.

Dado que actualmente es parte de mi interés intelectual sistematizar la filosofía de Franz Tamayo, permítanme en primer lugar, hacer referencia a las posibles relaciones que se establecen entre el pensamiento filosófico y la creación poética. Al respecto, es sin duda conocida la posición de Platón: Sócrates como interlocutor de varios diálogos platónicos sostiene que prefiere alejarse de los poetas porque si bien expresan bellas construcciones, no las comprenden, no las reflexionan siendo apenas bastimentos lingüísticos fruto de la inspiración y no del pensamiento; es decir, como otras artes, la poesía sería mera rea-

lización del entusiasmo —esto es de la posibilidad de parecerse con los dioses— similar a la actividad que se advertiría en adivinos y profetas¹.

Considerando someramente la teoría de las ideas de Platón, existen varios pasajes de *La República* que muestran la desvaloración del filósofo ateniense por quienes crearían solo sombras en este mundo que ya es de apariencias. Los poetas no ayudarían a la adecuada formación de la juventud porque no ofrecerían visiones esenciales para entender las cosas, dispersarían el intelecto y fomentarían concepciones falsas, ficticias e imaginativas de la realidad. Sócrates como interlocutor en un pasaje de *La República* expresa enfáticamente:

- ...debemos supervisar a los forjadores de mitos, y admitirlos cuando estén bien hechos y rechazarlos en caso contrario (...)
- Aquellos que nos cuentan Hesíodo y Homero, y también otros poetas pues son ellos quienes han compuesto los falsos mitos que se han narrado y aún se narran a los hombres (...)
- Lo que en primer lugar hay que censurar... es sobre todo el caso de las mentiras innobles².

Sin embargo, Platón emplea también los mitos y las alegorías como imágenes metafóricas para expresar profundos contenidos de su propio pensamiento filosófico. Respecto del mundo de las ideas, tanto su metafísica como su epistemología; tanto su ética, como su filosofía política y el conjunto de su sistema, están directa o indirectamente relacionados con los mitos, con narraciones fantásticas, cuentos e imágenes alegóricas; es decir, son parte en sentido amplio, de una creación *poética* original válida por sí misma para transmitir contenidos abstractos de la mayor importancia³.

Al ser “forjador de mitos”, Platón no solo muestra que los valoró, sino que descubrió en las imágenes intensas, subjetivas, cómplices y cálidamente emocionales, convenientes vehículos para presentar *historias* “verdaderas”; se trata de contenidos sustantivos que solo con la imaginación y la alegoría sería posible concebirlos en su más abisal profundidad y extendidas consecuencias.

Por lo demás, que Ernst Cassirer haya mostrado que Platón reuniera sistemáticamente los componentes conceptuales elaborados antes que él, que ofreciera una visión racional pletórica, articulada y completa develando la esencia de las cosas; es decir, que haya cultivado el pensamiento filosófico⁴; no implica por

¹ *Apología de Sócrates*, Platón. En *Diálogos*, Vol. 1. Trad. Carlos García Gual et al. Editorial Gredos, Madrid, 1985, 22b-22c, pp. 156.

² *La República*, Platón. En *Diálogos*, Trad. Conrado Eggers Lan, Gredos, Madrid, 1988, 377e, pp. 135-6.

³ Véase de Josef Pieper, *Sobre los mitos platónicos*. Trad. Claudio Gancho. Editorial Herder. Barcelona, 1984; pp. 13 ss.

⁴ Véase *El mito del Estado*. Trad. Eduardo Nicol. Fondo de Cultura Económica. México, 1992; p. 64.

necesidad que carezca de ποιήσις (*poiesis*); es decir no implica que el pensamiento racional no contenga alguna creatividad, eventualmente poética.

En Platón mismo y en todo vate cuya musa de inspiración sean los acontecimientos del pasado a los que les diera alguna vivencia histórica emotiva; es posible visualizar elementos que serían el primer alimento de la filosofía y de la cultura; sin que se deba concebirlos como un lastre de la razón. De esta manera en los pensadores presocráticos de la Grecia antigua, en medio de insistentes imágenes míticas, creaciones poéticas, recurrencias emblemáticas y prácticas simbólicas diversas, entre bullentes estilos analógicos, metafóricos, evocativos, referenciales, místicos, elocuentes y artísticos; surgiría la filosofía. Así, descubro en Franz Tamayo una brillante filosofía propia, latente de pensamiento abstracto; un pensamiento que crece robusteciéndose y adquiriendo madurez desde las primeras expresiones poéticas que realizó.

No es propósito de este artículo evaluar el valor pedagógico de la poesía de Tamayo siendo muy joven y cuando contaba más de medio siglo de edad; tampoco pretendo evaluar su relevancia didáctica para formar a la juventud boliviana. Sin embargo, ha sido inevitable para mí, verter interpretaciones sobre el impacto de sus ideas en la ideología y el imaginario colectivo todavía hoy operante en la cultura boliviana.

Contando solamente 19 años, Tamayo dio gran ímpetu a la visión romántica y excelsa que idealiza y, por lo tanto, deforma los hechos del pasado. El poeta cantó el esplendor de los palacios incaicos que subrepticamente habrían sido hollados y destruidos por la vorágine hispánica. Deja advertir su pesar por el oprobio que España habría vertido sobre la libertad sagrada de los incas precipitando la caída del Cusco a la que llamó “augusta ciudad del Sol”. El bardo paceño se otorgó una licencia poética absolutamente legítima: el mundo conquistado de América y particularmente del Perú sería dicotómico, presentando por una parte, nobles aborígenes y, por otra, despreciables invasores. Víctimas del infortunio en una mano y perpetradores del mal en la otra, mostraría que se habría cercenado abruptamente el camino de la gloria que comenzaron a transitar los pueblos prehispánicos, con los incas de modo incontestable.

El poeta presenta la magnificencia de los monumentos incaicos sin siquiera sugerir que fueron producto del trabajo obligatorio impuesto indefinidamente a un tercio de la población por un sistema político despótico forzoso: la *mita*. Turno tanto para la construcción de caminos, palacios y ciudades como para la explotación de las minas que reportaban riquezas ingentes para goce del Inca, sus parientes y allegados.

En la hipérbole poética tamayana desaparecen los centros ceremoniales como lo que también fueron: receptáculos de sacrificios humanos que en el caso extremo de la *capacocha*, tuvieron a centenares de niños como víctimas propiciatorias. Tampoco la poesía del vate deja entrever que el costo de palacios y de las fortalezas haya sido posible solamente por la destrucción cultural de pueblos íntegros ocasionada por el *mitimayazgo* gestionado gracias a la migración masiva coaccionada; sin que tampoco sugiera ni siquiera la existencia del *yanaconazgo* —es decir, de la servidumbre forzosa en beneficio de la nobleza inca—. Estas carencias lamentables deforman la imagen histórica de los pueblos prehispánicos, evidenciándose las ausencias como una necesidad ineludible para pergeñar cualquier cuadro idílico. Canta el poeta:

Diga yo cuales fueron los regios monumentos,
de tus soberbias plazas, del arte honra y blasón
morada de los Dioses, ciudad cuyos cimientos
fueron lechos de plata, vetas de oro en filón.

Allí fueron palacios, templos y fortalezas,
divinos santuarios y alcázar imperial.
Torres que entre las nubes hundían las cabezas,
¡mientras la raíz clavaban al tártaro eternal.

Murallas de granito, artesones y ojivas,
selvajes y jardines de oro y rosicler;
imágenes y estatuas de Reyes y de Divas,
¡símbolos misteriosos de gloria o de placer!

Pórticos, atrios, muros, sombría columnata,
dó marcaron sus glorias el cincel y el buril;
frontis que se adornaron de armiño y escarlata,
de esmeralda y topacio, de azur y de marfil⁵.

Cabe preguntarse el efecto ideológico y social que expresiones poéticas como la precedente darían ha lugar. Es presumible esperar que quienes se sientan identificados étnicamente con cualquier pueblo indígena, no necesariamente el quechua; pierdan de vista las relaciones efectivas que se dieron en el interior de las culturas y entre los pueblos prehispánicos. Pareciera que con el propósito de no poner de manifiesto viejas huellas de dominio, subsidiariedad y sometimiento interétnico, pareciera que con la finalidad de ocultar los deplorables factores de constitución de la estructura social, política y económica inca es mejor callar. Así, la poesía que no mienta las condiciones reales de la vida socioeconómica, la poesía que idealiza un solo factor de la falsa y absoluta dicotomía auto-validada; aplastaría el espíritu crítico, motivaría a reproducir *clichés* sin sustento histórico y promovería actitudes destinadas a reproducir los efectos deplorables de una visión despótica y autócrata.

⁵ Véase *Odas, verso y prosa*. Editorial Juventud, La Paz, 1987. “La ciudad del Sol” de 1895, pp. 27-8.

El relato idílico de los incas sueña con gobiernos magnánimos y civilizatorios que habrían ofrecido leyes sabias, que habrían consumado conquistas gloriosas sin dejar de ser piadosos, y que enseñarían a trabajar a un pueblo laborioso y alegre con paternales motivaciones para la fruición colectiva. Que los incas hayan aplastado las costumbres de las colectividades sometidas, impuesto su religión y su lengua, fijando tributos indefinidamente, permanece en la sombra del silencio para el relato idílico. Tampoco aparecen las prerrogativas de los *hatunrunas*, por ejemplo, respecto a sus “derechos exclusivos” de tener varias mujeres, ostentar adornos preciosos y vestir lujosamente, gozar de servidumbre personal, vivir en palacios y recibir educación militar.

La consecuencia ulterior es el fomento fácil de una variedad amplia de chauvinismo étnico, atribuyendo por ejemplo al “destino”, que la *raza* ibérica invariablemente esclavizaría a América imponiéndole un yugo infame. Resulta palmario, finalmente, que la sociedad imaginada de felicidad perpetua que nunca existió, habría sido sorpresiva y dramáticamente dañada por la irrupción ibérica. Canta el poeta:

Reclinado el Monarca soberano
en áurco lecho de vicuña y grana,
y débil ya la vencedora mano;
juzgando el día de su fin cercano
así hablaba a la turba cortesana:

*Pueblo nunca vencido
que con mi alma he querido;
cuelga en mi frente, viva todavía,
la roja borla del poder emblema.
Antes de verme por la muerte fría
en las regiones del eterno día
oíd mi voluntad, mi voz suprema.
Leyes mi mano os dio y al par grandeza.*

*Doquiera vuestra planta vencedora
llevó la piedad junto a la fiereza;
y esta borla que pende en mi cabeza
fue un sol de gloria en perpetua aurora.*

*Mas oíd: allá, hacia oriente,
donde nace esplendente
el Sol, mi padre y vuestro Dios sagrado,
vive una raza poderosa y brava.
Escrito está: su brazo no domado
pondrá a su planta nuestro cetro hollado
¡y un yugo infame a vuestra frente esclava!⁶.*

⁶ Odas, verso y prosa, “La profecía de Huaina-Capac” escrita en 1896, pp. 18-9.

Aparte de que es inverosímil de que la mano de Huaina-Capac haya dado leyes a su pueblo debido a que los incas no conocieron la escritura, se advierte una alabanza incondicional a la sociedad de los incas. La visión romántica de Tamayo, muy joven sin duda, concibe que la teocracia que encumbraba al Inca por encima de la aristocracia subalterna inmediata -los “orejones”- justificaba, en última instancia, que el poder de su linaje se fundase en el derecho divino y natural. Para la sensibilidad poética del pensador, el Inca no podía ser un déspota despiadado que sometía y destruía pueblos íntegros. El propósito de presentar el mundo prehispánico en un inequívoco cuadro claroscuro contrastando con la conquista de España, implicaba idealizar al Inca como un soberano benevolente y bienhechor, garante de la paz; un dios entre los hombres que organizaría y controlaría el trabajo, el comercio y los bienes, con el derecho inequívoco de que lo más precioso y sagrado del imperio -los adornos de oro- sea de *su* exclusiva potestad.

Cuando lo disponía, el Inca aplicaba el *mitimayazgo*, consistente en trasladar a pueblos enteros a territorios distintos de su origen. Los emigrantes se dispersaban, después de su derrota militar no continuaban ninguna forma de resistencia al imperio y sus peculiaridades eran abatidas, no solo por la imposición cultural quechua, sino por el contacto con los resabios de otros pueblos ya sometidos. Tamayo ha contribuido a forjar la fábula del Inca como un soberano con linaje superior y divino, reconocido y admirado por los súbditos y cuya sabiduría estaría implícita en sus decisiones siempre asumidas como el orden cósmico sancionado por los dioses.

Pareciera que el poeta no podía concebir que las relaciones de poder que los incas ejercieron; por ejemplo, sobre los señoríos aymaras del Collasuyo fueron cabalmente, relaciones opresivas y feroces con dominio político y militar, incluyendo imposiciones tributarias de productos y servicios personales. Para completar el cuadro dicotómico del maniqueísmo tamayano, el poeta cantó en sus *Scherzos* que el destino de los europeos implicaba descubrir el “mágico imperio” del Nuevo Mundo:

A humanizar la piedra
fue el hombre nuevo.
El neomundo es un huevo
que al diablo arredra.
Allí en misterio
lo imposible es posible,
Mágico imperio⁷.

⁷ *Scherzos*. Editorial Juventud, La Paz, 1987. *Fatum*, estrofa 76 de “Scherzo sinfónico”, p. 269.

Ciertamente, el plectro poético del vate estaba exento de concebir y referir, por ejemplo, la ocupación militar que los incas realizaron del Tahuantinsuyo con ferocidad bélica. Así, Tamayo contribuyó a forjar un imaginario étnico que sin crítica alguna asume al Inca y a la Coya como sabios y benevolentes descendientes del Sol y de la Luna, héroes epónimos de esencia divina incuestionable; herederos de los dioses cosmológicos, emparentados con Wiracocha, el Mar y la Tierra; y para quienes los abundantes tributos en trabajo y especie que colectaba el imperio eran ofrendas naturales *para* los dioses.

¿Es posible demandar un mínimo de sentido común y de visión política realista al plectro poético? Al parecer, en el caso del bardo paceño, no. Más, si su inspiración forjaría un imaginario colectivo romántico étnicamente vindicativo que permite el auto-convencimiento y la propaganda de un mundo caprichoso que nunca existió. Por otra parte, que las vírgenes consagradas del harén del Inca, los artesanos talentosos exclusivos para las élites o los trabajadores para la comunicación, la vertebración y el transporte hayan creído que servir a los poderosos haya sido un *honor*, no deja de ser un alegato *a posteriori* que no repara en que la propaganda -que sin duda existió- fue una justificación ideológica del orden político opresivo que, obviamente, desatiende las referencias a cualesquier formas de coerción extra-económica.

Los excesos ideológicos de Tamayo, por otra parte, se inscriben en una larga lista de autores que desplegaron una visión *utópica* de los pueblos prehispánicos y, particularmente, de los incas. Además de Bartolomé de las Casas en México después del descubrimiento en el siglo XVI, por ejemplo, a inicios del siglo XVII, destaca el Inca Garcilaso de la Vega que sobrevaloró en extremo la organización política, social y cultural los incas⁸. Así es comprensible que dicho cronista ofrezca una fuente etnohistórica relevante a Tamayo que lo cita varias veces en las “Notas” de su obra temprana *Odas*.

Por su parte, el cacique Guamán Poma de Ayala también sobrevaloró en extremo a los pueblos prehispánicos, particularmente a los señoríos locales del Collasuyo aun en detrimento del imperio incaico. Finalmente, cabe remarcar-se que tanto Garcilaso de la Vega como Poma de Ayala asociaron las culturas prehispánicas con el Paitití, representándolo imaginariamente como un espacio simbólico de refugio para los indios frente a la vorágine ibérica, un paraíso selvático sin explotación y un habitáculo dorado sin sometimiento. Así surgió la “utopía andina”. Desde tal *locus* ideológico, Tamayo cantó la exube-

⁸ Véase la obra de 1609, *Comentarios reales de los incas*. Edición de José Cajica. Dos volúmenes, Puebla, México, 1953, pp. 174 ss.

rancia de la riqueza americana comparándola con oasis de ensueño y sociedades idílicas. Su sensibilidad representa la continuación de una larga tradición de pensamiento utópico donde no extraña la existencia de cualquier hipérbole referida al escenario natural, la cultura material, los procesos históricos o la filosofía esencialista y étnica expresada por pensadores y poetas. Lo preocupante surge cuando dichas hipérbolés son asumidas como asertos verdaderos o como expresiones esenciales absolutas. Canta el poeta:

En minas de diamante
y ríos de oro,
amasó su tesoro
el rey atlante.
En sangre hespérica
lo que sorbió el océano
devuelve América!⁹.

Guillermo Francovich ha estudiado varios mitos de Bolivia, entre los que destaca el viejo prejuicio de la ingente riqueza natural de América y de Bolivia. Tamayo reiteraría tal presunción que se remonta al imaginario del conquistador ibérico, por ejemplo, en torno al mito de El Dorado¹⁰. Al respecto, dos estrofas de *Scherzos* cantan:

La fábula no miente,
y yo he tocado
más real que lo presente
¡ese Eldorado!
Al pecho ávido
allí el cáliz florido
¡y el fruto grávido!

No mintió allí la fábula,
fama de rábula,
ni los dioses matreros
fueron fulleros.
Canes y Oriones
velan sobre Eldorado
¡de corazones!¹¹.

Según Francovich, los mitos expresarían actitudes vitales, vivencias subjetivas compartidas y certidumbres sagradas de fácil reproducción; además, tendrían un fuerte impacto sobre el pensamiento y el comportamiento colectivo¹². En suma, la versión idílica de Franz Tamayo habría contribuido a fortalecer el mito de la ingente riqueza americana.

Más acá de las modernas interpretaciones económicas que refieren la “maldición de los recursos naturales”, el imaginario colectivo, por ejemplo, respecto del Cerro Rico de Potosí y los paradisiacos e ignotos entornos de La Florida,

⁹ *Scherzos*. estrofa 105 de “Scherzo sinfónico”: *Atlas*, p. 279.

¹⁰ Guillermo Francovich, *Los mitos profundos de Bolivia*. Los Amigos del Libro, La Paz, 1980, p. 61-4.

¹¹ Se trata, respectivamente, de las estrofas 116 y 10 de “Scherzo sinfónico”. Ambas titulan *Eldorado*, pp. 283, 246.

¹² *Los mitos profundos de Bolivia*, p. 5.

conjetura riquezas económicas y naturales ingentes e incomparables con cualquier otro lugar del planeta.

Es decir, complementaria a la visualización idealista de los incas, Tamayo expresa una concepción romántica del paisaje como escenario *natural* de una supuesta existencia social excepcional. Relacionado con esto se hace evidente no solamente un complemento escenográfico de su vena poética, sino la fuerza filosófica pétrea de la llamada “mística de la tierra”. Canta el poeta:

Floridas y Eldorados,
 ¡oasis soñados!
Aquí lo real zahareño
 ¡es más que sueño!
Floran abril
 so la eterna galaxia
 ¡bienes a miles!¹³.

En la obra *Scherzos* publicada en 1932, el bardo paceño completa su sensibilidad del paisaje altiplánico con una profunda visión de la tierra como hábitaculo del indio, concibiendo a este como intrínsecamente unido en su ser y pensamiento, al entorno de las montañas:

Dintorno cordiforme
 ¡del virgen suelo!
Dio en horóscopo el cielo.
 rúbrica enorme.
Délfico y pindio
será el compás de Apolo
 ¡en puño indio!¹⁴.

El alma de estos montes
 se hace hombre y piensa.
Tramonta un ansia inmensa
 los horizontes,
 y en luz huraña
más de una sien transflora
 ¡una montaña!¹⁵.

El destacado estudioso sucrense, Guillermo Francovich, piensa que un contenido importante del pensamiento filosófico boliviano en el siglo XX fue la “mística de la tierra”, donde incluye a Franz Tamayo. Si bien son frecuentes las referencias a pasajes de la *Creación de la pedagogía nacional* que dan consistencia teórica a la “mística de la tierra”, especialmente en la obra poética madura del poeta se advierten similares contenidos:

Guarda la tierra larvas
 y el aire giros.
Pasan leves suspiros
 y sombras parvas.
Así al destino

¹³ *Scherzos*. estrofa 72 de “Scherzo sinfónico”: *Magna parens*, p. 268.

¹⁴ *Scherzos*. estrofa 55 de “Scherzo sinfónico”: *Signum vitæ* (“Signo de vida”) p. 262.

¹⁵ Ídem, *Metangismo*, estrofa 88 de “Scherzo sinfónico”, p. 273.

canta el último huayño
¡el cierzo andino!¹⁶.

Como se advirtió recurrentemente en pensadores de la primera mitad del siglo XX, la “mística de la tierra” de Tamayo supone un esencialismo telúrico. Tal tendencia, en general, asume la existencia de rasgos permanentes e indelebles influidos por la tierra, impermeables al devenir histórico y que caracterizarían a la población de indios. Para Francovich, el paisaje y lo telúrico específicamente, tendrían alguna forma de espíritu poderoso que obraría “sobre el hombre creando formas de vida individuales y sociales”¹⁷. Por su parte, el filósofo boliviano desaparecido tempranamente, Marvin Sandi, en su obra, piensa que el hombre andino tendría una actitud metafísica ante el ser que le obliga a callar. En oposición al hombre occidental que orientaría su existencia en hacer, transformar y utilizar la naturaleza, el hombre andino aprehendería el enigma del ser integrándose con el mundo en el *silencio*¹⁸.

Según Francovich, la “mística de la tierra” en Tamayo se advertiría específicamente en la *Creación de la pedagogía nacional* que “la tierra se estudia en la raza” y que aquélla “hace al hombre”: “no sólo es el polvo que se huella, sino el aire que se respira y el círculo físico en que se vive”. La cita es del Cap. XLIII de.

originaria boliviana.

lista de la tierra, el lenguaje y la raza trata de mostrar La perseverancia histórica de la raza india estaría expresada en la unión perenne de su alma al ser de las montañas inexpugnables levantadas alrededor del Altiplano.;

Para Tamayo, gracias a su lengua que compartiría plenamente solo con sus congéneres étnicos, el indio se habría refugiado en un "castillo de piedra", impenetrable y enigmático. Habría cultivado un alma grande y asombrosa, extraña y solitaria, reconcentrada sobre sí misma y amurallada por la geografía. Se trataría del rasgo cultural de *persistencia* de la raza: fiel a su tradición, terca y firme, poseedora de una inteligencia específica y capaz de brindar una comprensión recta, directa y sana de los fenómenos. Complementada por las virtudes ancestrales de sobriedad, paciencia y trabajo; la visión del pensador paceño concibe el

¹⁶ Scherzos. estrofa 26 de “Scherzo sinfónico”: *El último huayño*, p. 252.

¹⁷ *La filosofía en Bolivia*. Editorial Juventud, La Paz, 1998, pp. 227 ss.

¹⁸ Cfr. *Meditaciones del enigma*, Editorial del Seminario de Estudios Hispanoamericanos. Madrid, 1966.

yo interior del indio como hermético, misterioso y distante, pero también como valiente, previsor y dominador de la naturaleza.

En el texto, nuestro autor señala y critica

Como dice Blithz Lozada, el gran Tamayo exhibía un carácter paternalista: celebraba la frugalidad y el laconismo de los indígenas, la radiante energía física y las magníficas condiciones morales de los mismos, pero no les confería aptitudes filosóficas o políticas. Nunca propuso una reforma agraria o algún programa revolucionario concreto en favor de los intereses indígenas. Cantó las glorias del Imperio Incaico y pasó por alto los privilegios y abusos de las élites y de los poderosos de ese imperio. Supuso que era algo "natural" la conformación de jerarquías privilegiadas y también, la conquista, el sometimiento y la explotación de otros pueblos aborígenes.

En la raza del indio resaltarían, según Tamayo, dos rasgos distintivos evidentes en el transcurrir de la historia: la *persistencia* y la *resistencia*. Se trataría de dos aspectos generados por la fuerza del medio telúrico donde se habría generado la raza indígena. Pero, también implicarían el efecto de formación del cuerpo del indio y de sus virtudes morales e intelectuales. En resumen, la argumentación de Tamayo incurre en una petición de principio o en un razonamiento en círculo¹⁹: la superioridad del indio se realizaría por la energía de su raza, la cual se habría formado por la influencia del medio ambiente. Esta presencia espacial privilegiada le habría permitido ser *superior* en la historia, es decir en el tiempo, gracias a la fuerza física y a los rasgos morales e intelectuales que le serían propios.

Varios siglos en los que se incluiría la historia de Bolivia, mostrarían, la fuerza de la raza indígena para *persistir* como tal. El indio sería un conservador²⁰, el defensor de una idealizada identidad inmovible, la persona libre para erigir sus normas, rigiéndose estrictamente por su cumplimiento. Guardián de sus costumbres, métodos, tradiciones, lengua y dieta, se haría dueño y señor de sí mismo, pese a la hostilidad de la que fuera objeto y de la destrucción que lo ha-

¹⁹ "Los dos rasgos fundamentales de nuestro carácter nacional son la persistencia y la resistencia... Hemos indicado ya lo más sumariamente posible las fuentes de este carácter, y hemos insistido en la necesidad de buscarle primero en el medio físico en que, si no ha nacido, ha vivido y generado la raza. Después, en la raza misma. Y justamente es del estudio del cuerpo y en seguida de las manifestaciones morales e intelectuales de la raza que hemos deducido estas consecuencias". Ídem. Cap. XLVIII, p. 165.

²⁰ "Porque el indio, como todas las grandes razas, es un conservador... se prefiere a sí mismo y prefiere su propia ley de vida a cualesquiera otros... tiene una especie de noción subconsciente de su verdadera superioridad". Ídem. Cap. XLIX, p. 169.

bría amenazado secularmente. El indio persistiría como raza poderosa tanto en lo físico como en lo moral. Físicamente, existiría una persistencia morfológica y corporal siempre patente, evidenciada como exitosa y superior en la prueba racial más dura: el cruzamiento²¹. Desde el punto de vista moral, Tamayo pensaba que en el indio perduraría su propia dinámica cultural, la práctica de su voluntad y la genuinidad de sus intenciones y acciones²². La persistencia consistiría así, en un rasgo positivo que permitiese una poderosa afirmación y conservación de la energía racial.

Para Tamayo, sería tan grande la fuerza de la raza india que el cruzamiento con cualquier otra daría lugar, invariablemente, a la persistencia de los caracteres físicos del indio, inclusive hasta la tercera o cuarta generación híbrida. Las facciones, la estatura, el color y las proporciones de los hijos de un blanco y una india, según el pensador, pondrían en evidencia la más “perfecta derrota del blanco”: serían casi completamente, rasgos de indios hasta los nietos y biznietos al menos, que fuesen resultado de nuevos cruzamientos entre los vástagos mestizos y otros blancos. De estas premisas, concluye Tamayo, se decantaría el destino biológico de las razas. Unas estarían destinadas a “reinar” sobre otras: las más fuertes sobre las más débiles²³.

La imagen idealizada del indio motivaría a Tamayo a presentar la segunda característica de la raza: su *resistencia*. Se trataría de ciertos rasgos raciales que lo harían culturalmente impermeable, su alma se replegaría impidiendo que asimi-

²¹ “La raza posee una tal fuerza de persistencia física, a través de la historia y de los mestizajes, que es probable que ninguna otra raza la posea en grado superior. El indio no solamente ha persistido como grupo étnico, a pesar de cuatro siglos de historia hostil y destructora para él, sino que ha salido también victorioso de la más terrible de las pruebas que se puede imponen a una sangre: el mestizaje, el cruzamiento”. Ídem. Cap. XLVIII, pp. 166-7.

²² Sobre la persistencia, Tamayo escribió: “...hemos visto resaltar prominentemente en el lado físico de la raza, también se traduce en su lado moral, y es el signo típico y constante que marca toda su actividad y la condiciona. La persistencia morfo-racial deviene persistencia práctica y dinámica. No sólo es el cuerpo que persiste histórica y fisiológicamente hablando; también el hombre interior, es decir, la voluntad, la intención, la acción humana por excelencia, persiste característicamente. El indio quiere con la misma constancia que perdura. Su permanencia en el espacio está de acuerdo con su voluntad en el tiempo y esta manera de concebir la psicología del indio explica muchas cosas de su vida y muchos puntos de su historia. (...)... ha conservado a pesar de todas las influencias extrañas y los ataques exóticos, una personalidad muy más interesante a los ojos del filósofo y del sociólogo, que la de todos aquellos a cuyo lado convive”. Ídem. Cap. XLIX, pp.170

²³ Del aymara Tamayo dice que “sea con quien se cruce, sus caracteres físicos persisten de tal manera que sólo a la tercera o cuarta generación comienza a verse una seria desviación del tipo primitivo. La primera generación de blanco e indio acusa la más perfecta derrota del blanco. Este primer mestizo es casi totalmente un indio, por lo que toca a sus caracteres físicos. Un cincuenta por ciento de estos caracteres, que deberían acusar su origen blanco, desaparecen ahogados y vencidos por los rasgos indios. Talla, color, facciones, proporciones, todo es indio... Esta es la fuerza de persistencia de la raza; y bajo el punto de vista biológico, este es también un signo seguro de las razas destinadas a reinar en el mundo, sobre las más débiles”. *Creación de la pedagogía nacional*. Op. Cit., Cap. XLVIII, Cfr, pp. 167.

le lo que viene de afuera. Al respecto, Tamayo pensaba que gracias a sus modestas ocupaciones de minero, labrador, viajero de a pie, albañil, zapador militar y soldado incomparable, gracias a sus hábitos de consumidor frugal, de persona que se bastase a sí misma y que ayudase a los otros, produciendo todo cuanto la nación tuviese, en fin, gracias a su inquebrantable ética de acción indefinida; la salud del indio sería espléndida, inclusive diez veces superior a la del blanco. La *resistencia* del indio se verificaría, pues, en la ausencia de enfermedades tales como la tuberculosis, la escrofulosis, las artritis polimorfas y otras que aquejarían perniciosamente a los europeos. Por lo demás, el Estado sería responsable por su incompetencia: incapaz de realizar acciones simples que le reportasen notables beneficios inclusive a él mismo. Por ejemplo, atender con vacunas a los niños indios, previniendo enfermedades como la viruela, la difteria y otras típicas de la niñez²⁴.

Suponer, como lo hace Tamayo, que el indio sea *persistente* respecto a sí mismo y *resistente* respecto a su contexto y los demás; establecer que existan leyes históricas y biológicas que, sustentando la acción de enfrentamiento o dando realce a la preeminencia de rasgos físicos y morales entre la razas, ofrezcan la visualización de algunas como “superiores” y de otras como “inferiores”; radicar la superioridad de una raza en la energía que se le atribuiría con base en algunos ejemplos personales circunstanciales y según una visión unilateral y autorreferencial de procesos históricos con fuertes prejuicios de héroes y villanos; en fin, hacer radicar el “carácter nacional” exclusivamente en la energía de una raza que habría intervenido en el proceso de mestizaje con escasas luces; son, sin duda, por decir lo menos, prolíficas especulaciones filosóficas de muy alto contenido polémico.

Al margen de que estas generalizaciones racistas sean discutibles desde varios puntos de vista, relativizando su valor inclusive como descripciones “sociológicas” de la sociedad paceña a principios del siglo XX; es muy difícil admitir, cuando no se tienen prejuicios maduros y *enérgicos*, que la casuística sesgada de experiencias personales, las generalizaciones metafísicas lábiles, o las inspiraciones líricas motivadas por una apreciación limitada de la historia, deban orientar, no sólo la *política educativa* del gobierno, sino también, tendrían que “fundamentar”, el *porvenir* del país. De esta manera, la denominada por Franz Tamayo, “filosofía de la historia boliviana”, estaría dibujada en el horizonte político de Bolivia con el indio y su raza como fundamento y figura central²⁵.

²⁴ Ídem. Cap. XXXV, ppp. 118-9.

²⁵ En el editorial del 14 de septiembre de 1910, Tamayo escribió: “...por la fuerza de las cosas el fondo principal de nuestra nacionalidad está formado en todo concepto por la sangre autóctona, la cual, como hemos visto, es la verdadera posesora de la energía nacional, en sus diversas manifestaciones”. *Creación de la pedagogía nacional*. (Ídem. Cap. XLVIII, pp. 166). La veneración hiperbólica del indio también se dio en el padre de Franz, don Isaac Tamayo. Al respecto, Mariano Baptista cita un texto de la obra de don Isaac, *Habla Melgarejo*, en el que dice: “El indio, sea que lo encontréis haraposo e inculto, en los campos o en las selvas, sea que lo encontréis en mangas de camisa en los talleres de la ciudad, bajo el nombre de artesano, sea que lo admiréis en el bufete del abogado, en el escri-

Franz Tamayo cantó “A España”, la responsabilizó de la destrucción de la magnificencia andina, de la *libertad* incaica y de la majestad de una sociedad plétórica de grandeza.

¡La América! Su nombre debía ser tu gloria,
su grandeza la tuya, tuyo su porvenir.
Su historia de gigante debía ser tu historia,
y junto a ella, (otra reina), debías tú vivir! (...)
La patria de Atahuallpa te impreca por mi boca,
¿qué hiciste de sus tronos, qué de su majestad?
Embragada de triunfos y de victorias loca,
¿qué hiciste de ese mundo, qué de su libertad? (...)

Sus tronos en cenizas, sus ciudades en ruinas,
sus glorias en olvido y en su pecho un puñal;
como una tempestad sobre un bosque de encinas.
Tal pasaste sobre ella, cruel, feroz, fatal! (...)
Donde hallaste un palacio dejaste tú un sepulcro;
donde encontraste glorias dejaste esclavitud.
No le valió a la virgen ni su semblante pulcro,
ni al guerrero el valor, ni al viejo la virtud! (...)

¡Víctima inmensa! España, la inmolaste en tres siglos,
Si los muertos surgieran a correr de ti en pos,
apenas te dijera la tropa de vestigios:
¡La gloria te cobija; mas te rechaza Dios! (...)
Si es su musa un espectro jamás será un demonio;
ese espectro es la patria; sus duelos legó-nos!
Oh! España, escucha el eco del triste patrimonio:
¡La gloria te proclama; mas te maldice Dios!²⁶.

España para el joven poeta sería objeto de las maldiciones de Dios por aplastar la gloria americana, por reducir magníficos tronos a cenizas y ciudades espléndidas a ruinas. España habría clavado según Tamayo con crueldad, ferocidad y fatalidad el puñal artero de la conquista, violando, sojuzgando, sometiendo y depravando. Más inclusive, el origen de los peores males americanos tendría procedencia ibérica, al respecto en 1924 Tamayo escribió: “La decadencia prematura de la América española viene de indisciplina. La América indígena no la afectaba, ya que pudo edificar los imperios más regulares. La indisciplina es pues de origen español”²⁷. Así, España habría destruido militar, económica y culturalmente todo vestigio vernáculo, convirtiendo a los Andes en una víctima secular incapaz de su-

torio del banquero, en el mostrador del comerciante, o en las oficinas de la administración, es el mismo indio que construyó Tiahuanacu, el mismo que formó la más rica, la más noble, la más expresiva, la más portentosa lengua, el aymara, lengua madre de todas las lenguas vivas y muertas”. Cfr. “Prólogo” a *Franz Tamayo: Obra escogida*. Op. Cit, p. XI.

²⁶ *Odas, verso y prosa*. Op. Cit., pp. 58 ss. La composición lírica es de 1896.

²⁷ *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. Segundo grupo de fascículos de 1924. Cfr. la compilación de Mariano Baptista Gumucio *Franz Tamayo: Obra escogida*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, p. 176.

perar su estupor después del alarido y el pavor que le ocasionó la conquista siendo receptáculo de sus males y vicios:

Cuando el puñal ibero
l'hubo transido,
ese mundo agorero
dio un alarido!
Después, pavora,
y un estupor de siglos
que aún dura, aún dura!²⁸

El romanticismo del discurso evangelizador y de modo extremo, de la “leyenda rosa” se ha correlacionado con la “utopía andina”. Se trata del “regreso al Tahuantinsuyo”, es decir la construcción de una sociedad homogénea compuesta sólo por indios. Después de la desorganización y el caos que se dieron por la conquista y la colonia, los sustentadores de la *utopía* comenzaron a abogar por los explotados, los parias y los subalternos seculares, asignándoles un rol mesiánico: ser constructores del mañana, adueñándose de su destino, la historia y el territorio andino. En la mayor parte de los discursos utópicos, el *regreso* se realizaría gracias a la unidad andina general. La visualización de un pasado idílico imaginado daría lugar a un futuro radiante en el que se plasmaría un tiempo de gobierno con sabiduría y equidad. Analizando la “utopía andina” Alberto Flores Galindo argumenta que desde el siglo XVI hasta el XX, en las “encrucijadas históricas” que vivió el hombre andino habrían resurgido con mayor o menor fuerza los “proyectos utópicos”, orientando las movilizaciones indígenas y definiendo la identidad de los actores históricos²⁹.

La “leyenda rosa” se fortaleció en una relación de mutua influencia con la “utopía andina”. Desde el siglo XVI, movimientos políticos y culturales con participación indígena proclamaron el retorno a un idealizado mundo prehispánico haciendo de la “leyenda rosa” una utopía de regresión. Desde Vilcabamba y el *taqui onqoy* hasta las multitudinarias rebeliones campesinas lideradas por los Amaru y los Catari en el siglo XVIII reivindicaron una utopía onírica y fantástica. En el siglo XIX hubo inclusive en Perú “guerras de castas” en los centros urbanos y en el XX, movimientos campesinos contra la hacienda en defensa de la comunidad y en búsqueda de educación. En estos momentos de la historia, estuvieron presentes con una influencia incisiva los discursos mesiánicos y utopistas que presentaron como una finalidad política idealizada, el pasado de un mundo indígena que nunca existió.

Los editoriales de 1910 fueron redactados cuando Franz Tamayo había cumplido 31 años de edad; sin embargo, los textos que escribió a los 18 y 19 años y que se conocen como *Odas* expresan una visión maniquea de lo ibérico y lo indio. Se trata del mismo gesto que anticipa un racismo de hiperbólica valoración de lo indígena y de credulidad ingenua del poeta boliviano, en la “leyenda rosa” tejida en torno a los pueblos prehispánicos.

²⁸ Scherzos. Editorial Juventud. La Paz, 1987, p. 279. La estrofa titula “Stupet”.

²⁹ Cfr. *Buscando un inca: Identidad y utopía en los Andes*, Editorial Horizonte. Lima, 1988, pp. 70, 413 ss. También véase mi libro, *Cosmovisión, historia y política en los Andes*. Cima producciones. La Paz, 2ª ed. 2008, p. 177.

Inmediatamente después del descubrimiento de América y mientras se producía la conquista, entre los españoles hubo disputas ideológicas con contenido teológico que tenían el propósito de esclarecer el sentido divino y trascendente del sometimiento de América. Es posible identificar hoy dos extremos en el contexto ideológico que circunscribió a tales disputas: la “leyenda negra” que imposibilitada de dar sostenibilidad a una estrategia de exacción indefinida tuvo corta vida y, por otro lado la “leyenda rosa” que espasmódicamente aparece en el imaginario autóctono, más clara e intensamente cuando se precipitan azarosamente procesos históricos y políticos que dan brillo a alguna promesa idílica perdida de cierta *utopía andina*.

Brevemente, cabe señalar que la visión extrema de los indios como bazofia de la humanidad apareció muy temprano en el siglo XVI. El teólogo Ginés de Sepúlveda³⁰ pensaba que los indios eran “homúnculos”: seres carentes de alma y de razón. Semi-animales que vivían comiendo, bebiendo y lujuriano con una existencia viciosa, bulliciosa, vengativa, idólatra y embustera. En contraste, el maniqueísmo teológico presentaba al español cristiano como el único *ser humano* de hogar “limpio y viejo” y de patria “santa y justa”, capaz de arriesgar su vida para llevar a cabo la misión que la Iglesia y la Corona le habrían encargado³¹.

Este discurso cedió ante la necesidad de articular la evangelización como argumento para justificar el saqueo, la destrucción cultural y la muerte dotando de aparente sentido a la historia de América. En el nuevo discurso el indio sería destinatario pagano del mensaje de la catequesis: beneficiario que se convertiría en cristiano, salvaría su alma y a quien el español le pediría a cambio, que ofreciese a sus pastores las riquezas culturales, el trabajo ilimitado y hasta la vida.

El discurso de la evangelización adquirió diferentes tonalidades en la conquista y la colonia temprana. Apareció la conciliación de intereses para beneficio colectivo esgrimida por los frailes Antonio de Montesinos en Santo Domingo y Bartolomé de las Casas en Chiapas³². El obispo de Chiapas profetizó la ruina de España si los conquistadores continuaban con la destrucción de los indios, argumentó teológicamente a favor de los derechos de América y sustentó la idea de que los indios eran seres humanos con razón y alma, habiendo alcanzado libertad y sociabilidad. Los defendió y trazó los rasgos principales de la “leyenda rosa”: personas de altas virtudes superiores a los españoles.

Franz Tamayo en su oda titulada “El apostolado” dice que el nombre grande y celestial de Bartolomé de las Casas era sinónimo de consolación a los indios, que el español excepcional, apóstol dominico, les prometía el cielo y les instaba a tener esperanza aceptando con

³⁰ Véase de Lewis Hanke *La lucha por la justicia en la conquista de América*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1949, pp. 312 ss.

³¹ Véase lo siguiente: De Hans-Jürgen Prien *La historia del cristianismo en América Latina*. Editorial Sígueme, Salamanca, 1985, pp. 53 ss. De Josefina Oliva de Coll *La resistencia indígena ante la conquista*. Editorial Siglo XXI. 6ª edición, México, 1986, pp. 195 ss. De José Carlos Mariátegui *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979, pp. 110 ss.

³² Lewis Hanke, *La lucha por la justicia en la conquista de América*. Op. Cit., pp. 27 ss. Acerca de las opiniones políticas de las Casas, véanse las pp. 383 ss.

resignación el martirio. Una estrofa de la oda en que el obispo de Chiapas hablaría a los indios compuesta en 1896 expresa lo siguiente:

En nombre de mi Dios, hermanos míos,
vengo a deciros que os espera el cielo.
Yo he clamado sin tregua a los impíos
por vos, y ahora los acentos míos
vienen también a hablaros de consuelo.
Oh! que fuera de España
sí a su terrible saña
no escudara la cruz! En nombre de ella
aceptad resignados el martirio!
Clavada en los cadalsos es más bella;
y una perpetua claridad destella
salpicada de sangre como un lirio!³³.

Aparte de la inspiración lírica que el obispo de Chiapas motive, históricamente las Casas denunció la conquista como “injusta”, llevó labradores españoles al Nuevo Mundo para que “enseñaran” a los indios a cultivar la tierra y vivir “en policía”, trató de suprimir la encomienda, intentó una evangelización pacífica y logró leyes que limitaron el abuso. También cuestionó la Bula papal de 1493 otorgada por Alejandro VI que otorgó a los reyes católicos la autorización de conquistar nuevas tierras. Al respecto, el fraile dominico argumentó que la Bula no se refería a cuestiones espirituales pese a que se justificaba en el supuesto propósito de atraer a las gentes que vivieran en el Nuevo Mundo a la “santa fe de Cristo, el Salvador y Nuestro Redentor”.³⁴

Las Casas también persuadió a los indios de esconder sus riquezas, de modo que eviten el saqueo y la destrucción cultural. Así, para el fraile el sentido eclesiástico e histórico que abrió América en el siglo XV a España no apuntaba a intereses económicos o a la ampliación del poder monárquico, siendo imprescindible denunciar el carácter ambicioso y criminal de los españoles, debiendo realizarse una evangelización pacífica y civilizatoria.

Por lo demás, a ningún conquistador por muy anuente que hubiese sido con las ideas de Bartolomé de las Casas, se le habría ocurrido que las religiones nativas y sus ritos debían subsistir o ser respetados. La extirpación de idolatrías fue una actividad inobjetable porque discursivamente, en último término *beneficiaba* a los indios, alejándolos de los ritos y las creencias idólatras y permitiéndoles el acceso a la “verdadera religión”. A tal punto llegó el convencimiento sobre la necesidad del discurso evangelizador que inclusive para los españoles que argumentaron que intuitivamente los indios habrían construido imágenes y contenidos coincidentes con el cristianismo habría sido necesario *reorientarlos*. Así, los mitos andinos, las categorías de la cosmovisión prehispánica y las prácticas religiosas que evidenciarían proximidad de los indios a Dios, habiendo manifestado contenidos como la “creación”, la “redención”, el “premio” y el “castigo” deberían ser visualizados por los

³³ Véase el texto de Tamayo publicado por primera vez en 1898 *Odas, verso y prosa*. Editorial Juventud, La Paz, 1987, pp. 72 ss.

³⁴ Véase de Lewis Hanke *La lucha por la justicia en la conquista de América*. Op. Cit., pp. 38 ss. También véase la selección de textos de Bartolomé de las Casas en *Obra indigenista*. Edición de José Alcina Franch. Alianza Editorial. Madrid, 1985.

nativos como contenidos *del* cristianismo³⁵.

En su *oda* de 1896 titulada “Manco Inca XIII”, Franz Tamayo idealizó al último Inca llegando a afirmar que consciente de la inevitable derrota en la batalla, el rey peruano buscaba en la muerte un placer y el reinicio del tiempo perdido, que los caídos en la guerra serían los verdaderos vencedores y que el declive histórico llegaría a ser, en verdad, un nuevo amanecer:

Entraba a las batallas ignorante de todo;
pues él solo sabía que las iba a perder.
Y buscaba la lid sin esperanza, a modo
de hallar en la muerte un placer.
Así, él enumeraba por triunfos sus derrotas,
y juzgaba, en sus huestes rotas,
a cada muerto un vencedor.
Tal las almas sublimes creen que es, en su delirio,
la muerte un despertar, la gloria un gran martirio
y el crepúsculo un gran albor!³⁶.

Naturalmente, en su lírica de la historia Tamayo no hace mención en absoluto, a que Manco Inca fue al principio un rey títere de Francisco Pizarro, que fue coronado con el apoyo de los españoles y que defendió a Huáscar. Si bien el décimo tercer inca, símbolo postrero de Vilcabamba lideró a varios grupos étnicos, asestó golpes efectivos a los españoles, reinstauró el culto al Sol y sitió por más de un año al Cusco, también son hechos históricos incuestionables que fue traicionado por un súbdito de su misma raza, que murió asesinado y que su hijo, Sayri Túpac nombrado por él como su sucesor, tuvo una connivencia pacífica con los españoles consiguiendo inclusive que una Bula papal le autorizara a desposar a su hermana. Por su parte, el sucesor de Sayri Túpac, Tito Cusi, aceptó la presencia de misioneros en Vilcabamba, fue bautizado y promovió la evangelización de los indios siendo también traicionado por un curaca³⁷.

Los claroscuros de la historia de la conquista, el conjunto de traiciones, paradojas, contradicciones y bajezas como parte indisoluble de las rebeliones indígenas, evitan tener apreciaciones maniqueas de la historia. Impiden verla como un conjunto de procesos de enfrentamiento entre *buenos* y *malos*, entre los pobres indios, sufridos, persistentes y resistentes y los malévolos españoles, crueles y feroces. Que Tamayo, contando 18 años, haga empleo de la lírica para expresar esa visión pueril de la historia, plagada de un maniqueísmo utópico, le otorga sin duda una licencia literaria. Sin embargo, como él mismo señala y ratifica posteriormente en sus editoriales de 1910, el estudio de la historia le despertó sentimientos de identidad americana y la comprensión de que su deber inclusive poético, consistía en

³⁵ Cfr. de Enrique Urbano, “Representación colectiva y arqueología mental en los Andes”. En *Allpanchis Phuturinga* N° 20. Instituto Pastoral Andino. Cusco, 1982, p. 40.

³⁶ Véase de Tamayo, *Odas, verso y prosa*, Op. Cit., p. 94.

³⁷ Véase de Nathan Wachtel “Rebeliones y milenarismo”. En *Ideología mesiánica del mundo andino*. Comp. Juan Ossio. 1973, pp. 106 ss., 112 ss., 124. Véase también la obra de Alberto Flores Galindo *Buscando un Inca: Identidad y utopía en los Andes*. Editorial Horizonte. Lima, 1988, pp. 55 ss., 107-12, 124, 128, 157, 205, 215, 302 ss., 328.

cantar los lamentos de los *hermanos* y los *padres* indios, víctimas de la canalla: los verdugos españoles.

LA IMAGEN DE LOS CONQUISTADORES

La concepción de una humanidad superior se matiza según quienes la conciben; así los franceses dicen *un grand homme*, y hay un sentido de gloria en su concepto; los alemanes dicen un superhombre (*das Übermenschliche*, lo sobrehumano), y en ello hay una intención de sublimidad mental; y en fin los castellanos dicen un prohombre, y en su imaginación hay la grandeza moral y el valor del corazón.

Franz Tamayo, *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*³⁸.

En los editoriales de *El Diario* publicados en 1910, Franz Tamayo puso de manifiesto su visión del español que conquistó el Nuevo Mundo y que construyó la sociedad colonial, opinión con abundancia de adjetivos, insultos y una escisión dicotómica sorprendente por el vigor maniqueo que la caracteriza. A los 31 años de edad, Tamayo expresó con vehemencia y radicalismo una concepción *racista* sobre lo que habría sido España en el siglo XVI y lo que habría impuesto como régimen colonial a América, además, lo que representarían los españoles durante cuatrocientos años hasta inicios del siglo XX.

La raza de los españoles para Tamayo estaba formada por una manada de ilotas y chándales desenfrenados, mendigos hambrientos, descastados y feroces. Los conquistadores habrían sido según el pensador boliviano, incapaces de buscar el conocimiento por el saber, de gozar lo nuevo y lo ignoto, o de proyectar una cultura de altos ideales humanos. Hombres de una crueldad consciente y helada, habrían podido actuar expresando pasiones ardientes y ciegas. Éstas habrían anulado el buen sentido del súbdito español, pervertido también por su irremediable pereza. En el Capítulo XLVIII de la *Creación de la pedagogía nacional* Tamayo escribió:

... la sangre blanca, en Sud América, por lo menos la de la colonia, no es otra que una de mendigos hambrientos, descastados y feroces, y que su real y positiva inferioridad biológica que se acusa en toda su historia, no es más que una prueba más que justifica y confirma su derrota irremediable en los mestizajes y cruzamientos. (...) el colono hambriento y desnudo, bajo el punto de vista de la superioridad humana, representaba una manada de ilotas y chándales desenfrenados, puesta al frente de grandes señores sorprendidos y estupefactos³⁹.

Aunque Tamayo reconoció que los ibéricos mostrarían cierto sentido común para comprender las cosas, escribió que nunca fueron capaces de aplicarlo a la vida cotidiana. Pensaba que él como escritor podría descubrir el “alma” de los conquistadores y develar el conjunto de ideas y pasiones del espíritu ibérico que hizo de la colonia un episodio trágico de la historia americana. Los conquistadores según Tamayo, rebosarían de sensualidad pero también de una melancolía superior, expresarían recurrentemente un orgullo infecundo y perezoso, también una fantasía desordenada, mostrarían una religiosidad fanática ca-

³⁸ Los primeros fascículos fueron escritos en 1905. Cfr. la compilación de Mariano Baptista Gumucio *Franz Tamayo: Obra escogida*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1979, p. 138.

³⁹ Editorial Juventud, La Paz, 1986, p. 169.

paz de florecer en pasiones y sentimientos. La raza ibérica estaría signada por el espíritu de la aventura urgida por la sed de oro. Siguiendo la célebre expresión del filósofo alemán Friedrich Nietzsche sobre el hombre resentido, Franz Tamayo afirmó que según la “psicología de la historia” el español debía digerir siempre mal. A falta de inteligencia habría sobrevenido el quijotismo y cuando aquélla existía, apenas se habría realizado en la probidad moral del mercader honesto.

Las referencias de Tamayo del hombre resentido de Nietzsche se encuentran por ejemplo, en su obra *Para siempre* y en la primera parte de los *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia* publicada en 1905, donde el pensador boliviano afirma: “Las filosofías que como la de Nietzsche hablan *por la boca de su herida* son más interesantes que ninguna otra, como documentos vivos; pero también más sospechosas e inseguras”⁴⁰. Para Nietzsche, el resentimiento es una fuerza activa contra del dominio. Las huellas del sometimiento ocasionarían la reacción, serían odiadas por el hombre resentido que afirmaría un espíritu de venganza como expresión de su dispepsia. Todo sería sentido por su memoria intestinal y venenosa, como sintiesen las tarántulas: “En tu alma anida la venganza; dondequiera que picas se forma una costra negra. ¡Torbellinos de venganza levanta en el alma tu veneno!”⁴¹.

Si Nietzsche veía al hombre resentido como el individuo que querría venganza y que se sublevaría para triunfar, entonces es posible interpretar que Tamayo viera en el español al ser resentido de las dominaciones griega, romana, cartaginesa, celta y árabe que se sucedieron durante un milenio y medio en la península ibérica. Descubrir América habría sido el triunfo del débil y la victoria de quienes carecerían de buena voluntad, de los despectivos y sin capacidad: los impotentes, dispépticos, frígidos, insomnes y pasivos. Hombres de la moral de la utilidad que apenas expresarían los signos de la venganza y la fuerza del rencor poniendo en evidencia su propia debilidad.

Si la raza de los griegos realizó conscientemente el pensamiento, si la raza inglesa plasmaba en tiempo de Tamayo inclusive de manera subconsciente, la misión de obrar y su espíritu en la historia se expresaba en la acción, España según el pensador boliviano, apenas destacó por su inferioridad racial y por su resentimiento, por su denodado empeño por destruir la vida, por representar un papel negativo en la historia respecto de los intereses vitales y por la imposibilidad de los colonizadores de plantearse y alcanzar ideal alguno o interés más o menos trascendente:

El español, doquiera iba, llevaba consigo un germen de inmoralidad y de descomposición históricas... en toda su historia contemporánea de entonces, y que se puede comprobar todavía en su misma historia contemporánea de hoy. (...) el español llevaba consigo a donde iba una sombría pasión destructora de la vida, y que era ciega de inteligencia para concebir un interés superior y altamente humano. (...) Grecia es todo el pensamiento humano, hoy más vivo que nunca; Inglaterra encarna toda la acción humana en su grado supremo; y pensar para la una, y obrar para la otra, son dos misiones históricas, a cuya

⁴⁰ *Para siempre* fue escrita en 1942 en respuesta a la biografía de Fernando Diez de Medina, Cfr. Editorial Juventud, La Paz, pp. 66-7. Véase también los *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia* en la compilación de Mariano Baptista Gumucio *Franz Tamayo: Obra escogida*, Op. Cit., p. 120.

⁴¹ *Así hablaba Zaratustra*, “De las tarántulas”, Porrúa, México, p. 54.

realización consciente y subconscientemente se subordina toda la historia de las dos naciones... En España no existe cosa semejante. (...) España no encarna ningún ideal, y si lo encarna tal vez es uno negativo, el de crear el sufrimiento y tender a destruir la vida, lo que podría servir oblicuamente los intereses de la vida, interpretándose como tónico y reactivo de la misma⁴².

Según Tamayo, la colonia sería una demostración incontestable de que la raza ibérica nunca fue superior a las razas americanas que conquistó y colonizó. Los españoles nunca se habrían constituido en elementos o resortes creadores o conservadores de la vida. Prevalecería una diferencia enorme entre las razas que interactuaron en el escenario de la historia. Pero sus disparidades no habrían sido sólo históricas, sino de educación y de organización de las fuerzas étnicas, poniendo en claro la *superioridad* de la raza del indio en contraste con la inferioridad de la raza blanca.

Resulta curioso que Tamayo piense que la “raza” conquistadora y colonizadora, la que sometió a los imperios del centro y del sud de América, la raza ibérica sea para él, “inferior” a la del indio. *Inferior* por crear sufrimiento y destruir la vida, por no resistir al mestizaje que sobrevino durante la colonia, por no impulsar los rasgos intelectuales y morales de los pueblos conquistados, por estar incapacitada de reconocer la calidad del pensamiento indígena, la radiante energía física y las magníficas condiciones morales de los pueblos “conquistados”. *Inferior* por triunfar en el ciego y brutal enfrentamiento que define quiénes tendrán el poder y quiénes serán los sujetos y las colectividades sometidas y dominadas en la historia. En el editorial del 7 de septiembre de 1910, Tamayo escribió:

... bajo el punto de vista puramente español, la colonia significa una verdadera desmoralización. Bajo el punto de vista de la energía racial y de una moralidad general, el español de América (blanco) es en verdad muy inferior al español de España, a pesar de la gran decadencia peninsular⁴³.

Otros intelectuales latinoamericanos han caracterizado con estereotipos psicológicos y sociológicos al conquistador ibérico. En general, entre los pensadores de tendencia indigenista del siglo XX ha prevalecido una visión romántica de las culturas prehispánicas y a veces, un gesto paternalista con los *indios* sea por sensiblería de clase, inveterados complejos de culpa o por intereses de manipulación ideológica y política. Pero el perfil psicológico que Tamayo establece del español del siglo XVI y que subsiste según él, en su tiempo es radical. No hace ninguna concesión, como la que con mesura y relativa objetividad realizó José Carlos Mariátegui por ejemplo en el Perú en los años veinte.

En efecto, el pensador peruano escribió que el conquistador representaría tanto la figura del aventurero como la del súbdito y del cura. Como aventurero habría sido un hombre sediento de oro que enfrentaba lo desconocido, conquistador de riquezas para sí mismo, saqueador y destructor de culturas y civilizaciones, inescrupuloso violador y explotador de los indios a quienes podía imponer la *mita* hasta la muerte. Como súbdito del rey habría sido su arcabucero, conquistador de nuevas colonias para la Corona y artífice que hizo posible

⁴² Creación de la pedagogía nacional. Op. Cit. Cap. XLI, pp. 139-41.

⁴³ Ídem. Cap. XLIV, p. 152.

la gloria del imperio español. Como cura finalmente, habría sido el evangelizador por excelencia para mayor gloria de Dios: difusor de la verdad y la salvación, conquistador de almas y misionero de la sagrada labor de la Iglesia⁴⁴.

España a fines del siglo XV expresaba un mestizaje demográfico y cultural de más de un milenio y medio de historia. Varias culturas y formas de sometimiento e influencia desarrollaron una tendencia belicosa generándose la búsqueda de un Estado centralizado y fuerte. El espíritu de aventura del español del siglo XV mostraba por ejemplo, la experiencia acumulada en siete siglos de lucha contra los moros que terminaron expulsados de la península ibérica el mismo año del descubrimiento de América. Por lo demás, el espíritu centrífugo de los españoles se forjó para compensar su retraso técnico e ideológico en comparación al Renacimiento italiano. Así, mientras en las ciudades de Italia se desarrollaba el humanismo, el arte, la inventiva, la cultura antropocéntrica y las visiones que anticipaban la modernidad, en España cundían los valores medievales, el escolasticismo y una concepción teocéntrica y monárquica que se regocijaba en el poder de la Inquisición⁴⁵.

El conquistador del Nuevo Mundo se visualizaba a sí mismo intrínsecamente vinculado al catolicismo. No tenía nacionalidad si no tenía fe, identificaba su ser con el entorno feudal, con el mundo de la caballería, los prejuicios de la aristocracia y las guerras en nombre de Dios. Los valores de la hidalguía, la valentía, la caballerosidad y sobre todo el honor influyeron para que la conquista fuese para el español una misión al servicio de Dios, del Rey y de sí mismo, poniendo en juego la vida. Lo que acontecía permitía ganar almas para la verdadera religión, vasallos para Su Majestad y riquezas para el conquistador. Así, cada peninsular habría sido al menos en espíritu, un cura medieval y también un aventurero, un buscón de riquezas e imperios convencido de que el éxito lo esperaba allende el mundo de la sofística escolástica, la nobleza y el retraso nacional. Tenía el empeño de escudriñar sus sueños de riqueza, honor y poder en un mundo que habría de conocer y conquistar. Era un aventurero arrogante, rapaz, turbulento, cruel e imprudente, dispuesto a luchar, a enfrentar tierras y enfermedades desconocidas, peligros y fieras por las grandes recompensas que le aguardaban si siguiese batallando allende los mares después de la expulsión de su patria del último moro.

El conquistador ibérico habría asumido un mesianismo que no requería justificación basado en su espíritu de vasallo. Habría sido un aventurero burocrático, formalista, papalista, hedonista y que hubiese expresado pretensiones de hidalguía o superioridad. La conquista habría sido para él una empresa sagrada, noble y lucrativa y la encomienda, el mejor modo de realizarla poniendo el trabajo de los indios a su disposición gracias a la argumentación que él mismo inventó so pretexto de la evangelización.

⁴⁴ Véase de José Carlos Mariátegui *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Biblioteca Ayacucho. Caracas, 1979, pp. 110 ss.

⁴⁵ Cfr. el texto de Hans-Jürgen Prien *La historia del cristianismo en América Latina*. Editorial Sígueme. Salamanca, 1985, pp. 53 ss.